

## **Solemnidad de San José, esposo de la Santísima Virgen María**

**Talavera de la Reina, 19 de marzo de 2026**

*Evangelio: Mateo 1,16.18-21.24a*

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.» (Mt 1,20)

José querría apartarse de María para dejar a Dios libre de realizar en ella y a través de ella lo que Él quiera. Quizás, al hablar con María, ya se había dado cuenta de que aquel embarazo tenía un origen misterioso, divino. Comprendía que Dios estaba realizando en María algo que no se correspondía con sus planes humanos. Quería hacerse a un lado para que el plan de Dios pudiera cumplirse en su prometida, y estaba convencido de que él no podía ser protagonista de un acontecimiento tan tremendo, grande y misterioso.

Pero el ángel que se le aparece le revela que, si bien es cierto que el proyecto de Dios sobre la Virgen María es inmenso, un proyecto que solo Dios puede realizar, Dios ha decidido que José tenga un papel en este acontecimiento que cambiará la historia y el destino de toda la humanidad. José no debe apartarse, sino participar con todo su ser en la obra que Dios está realizando para la salvación del mundo. En lugar de separarse de la Virgen María, en lugar de renunciar al matrimonio con ella, debe desprenderse de sí mismo, de su proyecto, incluso de su temor, para convertirse, junto a María, en un protagonista excepcional de la obra de Dios para la salvación del mundo.

¡El papel misterioso y único que Dios le pide a José es el de ser en la tierra el representante, el vicario, del Padre Celestial! Es como si Dios Padre le dijera a san José: «Yo no puedo asistir directamente a mi Hijo en su Encarnación. No puedo ser su padre humano. Si tú no asumes esta tarea, yo no puedo hacerlo, no puedo permitir que mi Hijo sea plena y verdaderamente Hijo del hombre. Necesito a un hombre como tú para representar mi paternidad hacia el Hijo de Dios que se hace verdadero Hijo del hombre».

La vocación de José fue absolutamente original, única. Pero precisamente porque dijo sí y aceptó este papel, san José se ha convertido en un modelo para cada uno de nosotros. Porque todos estamos llamados a amar al Hijo de Dios en nombre del Padre, a amar humanamente a Jesús como el Padre lo ama divinamente.

Desde el momento en que el Verbo se hizo carne en el seno de María, el amor trinitario entró en nuestra carne, en nuestra vida humana, en nuestra vida cotidiana, en el trabajo que hacemos, en las tareas domésticas de cada día, en la vida de un simple pueblo y en todas las dificultades y problemas de la vida humana. El amor de Dios Padre por el Hijo se ha expresado en el amor maternal de María y en el amor paternal de José, y en todos los gestos que han expresado este amor, incluso en los servicios más cotidianos y sencillos de la vida.

San José expresó entonces el amor de Dios Padre por su Hijo unigénito, asumiendo todos los cuidados y responsabilidades que todo padre ejerce hacia su hijo. Incluso cuando trabajaba como carpintero para sustentar a María y a Jesús, o cuando cargaba todo en un burro para huir a Egipto o para regresar a Nazaret, José no podía sino encarnar el amor eterno del Padre por el Hijo.

En esto, San José abrió un camino de vida cristiana, de vida en presencia de Cristo, de vida al servicio del Dios encarnado y, sobre todo, de vida en la que todo se vuelve sagrado al amar a Jesús presente en el mundo, presente en la Iglesia, presente en el pobre, en el pequeño, en cada hermano y hermana.

Por eso, san José es el patrón universal, el patrón de todos y de todo, de cada estado de vida y vocación, porque en cada vocación Cristo, enviado por el Padre para amarnos, nos llama a seguirlo amándolo en cada instante y circunstancia de la vida, y a transmitir así a todos el amor de Dios que redime al mundo.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*